



EL BARCO  
DE VAPOR

# Cartas de amor de 0 a 10

Susie Morgenstern

Ilustraciones  
de Mariona Cabassa



sm





EL BARCO  
DE VAPOR

# Cartas de amor de 0 a 10

Susie Morgenstern

Ilustraciones de Mariona Cabassa



Primera edición: julio de 2010

Octava edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Carolina Pérez

Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Lettres d'amour de 0 à 10*

Traducción: Isabelle Marc Martínez

Publicado por primera vez por l'école des loisirs, en París, en 1996

© l'école des loisirs, París, 1996

© de las ilustraciones: Mariona Cabassa, 2017

Ilustradora representada por IMC Agencia Literaria S.L.

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

#### ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-8932-0

Depósito legal: M-9002-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Philippe Silvy.*



# ● 1

## ERNEST

CAMINABA LENTAMENTE HACIA EL EDIFICIO. No miraba a su alrededor.

El trayecto siempre era el mismo. Nunca se inventaba caminos nuevos. Siempre transitaba por el mismo lado de la calle. Iba directamente de casa a la escuela y de la escuela a casa.

Subía pesadamente los cincuenta y siete peldaños hasta el tercer piso. No daba rodeos. No se apresuraba. Ernest no tenía prisa. Los diez años de su vida habían transcurrido sin correr, con la inmovilidad de una vejez más que precoz.

Dejó la mochila en su habitación, que era la más vacía de la casa, y que también era la más pequeña. Parecía una despensa o la celda de una antigua cárcel: una cama, una mesa, una silla, un armario; todo perfectamente ordenado. Sacaba sus libros y sus cuadernos antes de ir a merendar a la cocina.





Desde mediodía, allí le esperaban una gran manzana verde y una tostada. El aya las dejaba sobre la mesa después de limpiarla tras la comida. Sus meriendas no variaban mucho.

Tras unos bocados, la manzana empezaba a darle asco, pero se la acababa comiendo. Después, se ponía a hacer los deberes con concentración y método. Sabía que, cuanto antes los terminara, antes podría abrir el único armario de la casa que no estaba cerrado con llave.

Cuando la abuela oyó chirriar la puerta de la biblioteca y el tintineo de la vitrina, salió de su habitación y fue a sentarse con Ernest en el salón.

–Hola, abuela –saludó Ernest, sentándose en el sofá de terciopelo ajado. Nadie la llamaba nunca por su nombre, Précieuse, que en francés significa «preciosa». Resultaba difícil imaginar que alguien se dirigiese a ella de esa manera.

La abuela inclinó la cabeza a modo de saludo. Hablaba poco y en contadas ocasiones. Ernest tenía la impresión de que si se movía más, se desintegraría. Tenía ochenta años, pero al estilo de las abuelas viejas de verdad, como las de los libros antiguos. Su piel estaba tan arrugada y marchita que Ernest pensaba que se convertiría en polvo si sonreía. De hecho, no sonreía nunca. Casi no andaba, comía sin ganas, y cui-

daba de su nieto por obligación, porque solo la tenía a ella.

Había criado a Ernest desde su nacimiento, tras la muerte de su madre. En la familia Morlaisse, la gente se moría de accidentes antiguos, accidentes de la historia: la Segunda Guerra Mundial en el caso de su abuelo, la Primera Guerra Mundial en el de su bisabuelo, y en el de su padre, una extraña desaparición tras el entierro de su mujer, cuando Ernest solo tenía un día de vida.

De modo que su abuela había perdido a su padre a los cinco años, a su marido a los treinta y a su hijo a los setenta, cuando también heredó un bebé del que casi no podía ocuparse ni física ni moralmente.

Pero hizo lo que tenía que hacer.

Había contratado inmediatamente a una mujer apenas más joven que ella para cuidar de la alimentación y la higiene del bebé. La mujer, Germaine, acababa de perder a su marido y no tenía hijos. Aceptó, más que por el dinero, porque necesitaba huir de su aislamiento. Las dos mujeres se llevaban bien porque tenían los mismos principios... muchos principios. Vivían una al lado de otra en líneas paralelas. La señora Morlaisse le había ofrecido una de las muchas habitaciones de la casa, pero Germaine había preferido ir y venir a la suya propia, salvo al comienzo, cuando Ernest no dormía por las noches y, algunas veces, cuando hacía demasiado frío.

Así que Germaine también era vieja, aunque intentaba disimularlo con los maquillajes más sofisticados. Las pinturas de Germaine eran, de hecho, el único atisbo de modernidad en aquella casa sin aparatos, sin máquinas, sin televisión. Germaine luchaba denodadamente contra las canas, las arrugas y la grasa, pero se había rendido ante la depresión. Durante los primeros años, había rodeado a Ernest con las únicas palabras que el niño había escuchado, pero, en cuanto fue al colegio, Germaine se encerró en sí misma, como la abuela. La conversación se limitaba a lo estrictamente necesario, y esto era muy poco, porque la casa funcionaba sola, por costumbre, por inercia, como con servicios mínimos.

Germaine hacía la compra y cocinaba. Podría haber hecho los pedidos por teléfono, pero no había teléfono. Otra señora, amiga de Germaine, también bastante mayor, se encargaba de la limpieza. Toda la ropa iba a la lavandería.

La señora Morlaisse se sentó, como una estatua silenciosa y taciturna. Antes, solía leer con Ernest. Ahora, sus ojos se cansaban demasiado. A menudo, Ernest levantaba la cabeza del libro y se daba cuenta de que la abuela estaba dormitando, recta y erguida en su sillón. A veces incluso roncaba, lo que producía un poco de animación sonora para rivalizar con el tictac de los relojes. Ernest sabía que a la abuela no le hubiera gustado saber que roncaba, así que nunca se lo había dicho.

Independientemente de la profundidad de su sueño, se levantaba con un respingo a las ocho para oír los informativos. La radio era de uno de los primeros modelos que se habían fabricado. Sintonizar Radio Nacional era tan difícil como dar con Radio Londres durante la Segunda Guerra Mundial. Y el sonido era el mismo: lejano y con muchas interferencias. La señora Morlaisse ya no oía muy bien y el periodista no repetía tres veces cada noticia, como hubiera debido. Pero no tenía importancia, porque la señora Morlaisse ya no tenía curiosidad por el mundo. De vez en cuando, una palabra, un nombre o un país le provocaban una reacción. Si, por ejemplo, el periodista decía «Alemania», ella repetía con un suspiro: «Alemania». Lo importante era encender la radio a las ocho.

Sin embargo, Ernest escuchaba con atención de principio a fin, como si fueran a anunciarle la respuesta que estaba buscando. No le interesaban ni la política ni las elecciones ni los políticos. Esperaba, sentado pacientemente sobre el sofá, la Tercera Guerra Mundial: la que, como las anteriores, seguramente se llevaría a otro miembro de los Morlaisse.

Los Morlaisse cenaban a las ocho y media. El menú siempre era el mismo: sopa. La sopa se digiere bien, es buena para el crecimiento y garantiza una noche tranquila con tal de que no lleve ni sal ni pimienta. Germaine no volvía por la noche. Ernest calentaba la sopa y dejaba los platos en el fregadero. Después,

se acostaba sin rechistar. Un niño necesita dormir. Antes de asearse, invariablemente decía:

–Buenas noches, abuela, que duerma bien.

Y ella cerraba los ojos en señal de reconocimiento.

Entre semana, Ernest se levantaba sin ímpetu, pero bien entrenado; se comía dos tostadas con mermelada de naranjas amargas hecha por una prima de Germaine que vivía en el sur de Francia, se bebía una taza de leche templada, se anudaba la corbata, ordenaba su mochila y se iba a la escuela. Volvía a comer a casa, porque ni Germaine ni su abuela creían en las ventajas del comedor escolar. En casa no había ni conservas ni congelados. Allí los pescados tenían cabeza, y las patatas salían directamente de la tierra, sin pasar por la fábrica. La señora Morlaisse temía pasarse con la sal, el azúcar y las malas influencias. A Germaine le daban miedo los malos aceites, las frituras, la carne en mal estado y el exceso de ruido.

Ernest no tenía ni vaqueros ni chándal. Dos veces al año, llegaba un sastre a casa, le tomaba las medidas y le cosía un traje de corte neutro, ni de este siglo ni del pasado. Más bien se parecía al uniforme de un internado inglés. El sastre también le traía camisas, corbatas, ropa interior, calcetines y ropa de abrigo.

Este atuendo le ahorrraba a Ernest el contacto con los otros niños. De todas formas, él los evitaba, no por gusto, sino por prudencia. No se metían con él. Estaban acostumbrados. Sin duda, era el mejor de la clase,

salvo en expresión escrita, cuando tocaba contar un programa de la tele, las vacaciones o lo que habían hecho el domingo.

Para Ernest, los domingos estaban incluso más vacíos que el resto de la semana. Los minutos pasaban muy lentamente, como en un reloj de arena húmeda. Germaine solo iba para preparar y servir la comida, que el domingo consistía en carne con tres tipos de verdura, y de postre, compota.

Después de la siesta, la señora Morlaisse convocaba a Ernest en el salón, se sacaba la llave de la parte delantera del vestido, abría la puerta de marquetería y sacaba una caja de porcelana fina en la que reposaba la carta. Los dos se sentaban alrededor de la mesa que tenía un pie en forma de león dorado.

